

Huellas del Cid en Salamanca

Los diplomas de donación a Valencia y el Cristo de las Batallas

Los escasos recuerdos del Cid que dejó en Salamanca el capellán de la hueste y Obispo de Valencia, don Jerónimo, son valiosísimas pruebas coetáneas del aspecto humano, militar y religioso de Rodrigo Díaz. Humano, en el autógrafo de la donación a Valencia, única huella personal que se conserva del Campeador, tan sugestiva por sí sola que a Menéndez Pidal le hace grafólogo sin creer en la grafología. Militar, por el título de «Invictísimo» que le dá la iglesia en el exordio de la misma escritura. Religioso, por la significativa referencia «Venerable Rodrigo Díaz», de la donación de D. Jerónimo al Monasterio de Cardeña.

Pero la pieza más conmovedora es sin duda ese milagroso Cristo de las Batallas, que cada año se muestra procesionalmente en la Semana Santa Salmantina.

* * *

El Cid solicitó de don Bernardo, antiguo abad de Sahagún, que le enviase algún sacerdote virtuoso y sabio, capaz de levantar el decaído nivel espiritual de Valencia. En 1097, recibía con los brazos abiertos a D. Jerónimo de Perigord, haciéndole el regalo de un huerto en el territorio de Cebolla. Sin duda D. Jerónimo eligió la corte del Campeador por espíritu de cruzado o por ser el más belicoso de los seis jóvenes y doctos clérigos cluniacenses que Bernardo trajo del sur de Francia, los cuales fueron todos obispos y dos de ellos Santos.

En 1098 el clero y el pueblo de Valencia aclamaban a D. Jerónimo como Obispo de la catedral de Santa María, erigida en la Mezquita Mayor, que dos años antes había sido cristianizada, y fué consagrado solemnemente por el Papa Urbano II. En aquel templo celebró su misa

episcopal, de la que la Historia Roderici recoge el elevado ambiente místico en que se desarrolló con fervorosos coros religiosos y la previa donación del Cid, obllgada en tales casos, consistente en un cáliz de oro de 150 marcos y dos tapices de seda y oro «tejido preciosísimo como nunca había existido en Valencia otro semejante». En tan fausto día el Campeador dotó nuevamente la Catedral con varias heredades, detalladas en el interesante pergamino que lleva el autógrafo de Rodrigo, localizado ee 1617 por el cronista de Felipe III Gil González Dávila, quien lo puso en el Archivo Catedral de Salamanca, junto con otro diploma autógrafo de Jimena. Ambas actas apenas fueron estudiadas hasta que en 1918, Menéndez Pidal publicó un documentado trabajo en la Revista de Filología.

* * *

La carta de donación del Cid lleva un ampuloso preámbulo expresando la opresión de Valencia bajo los hijos de Agar, hasta que apiadado el Padre Eterno, suscitó al *invictísimo* Rodrigo Campeador como vengador de tanto oprobio, el cual conquistó la opulentísima ciudad de Valencia y consagró su mezquita en Catedral, dotándola para el obispo Jerónimo el año 1098, fecha del documento.

Sigue el texto: «Yo, Rodrigo Campeador, con los caballeros y el pueblo, hago donación a Nuestro Redentor, a la sede valenciana y al venerable pastor Jerónimo, de las villas de Pinacén y Alcañicia, del huerto de Zabalaquén y del que está junto a la iglesia de Santa María; para después de muerto donamos también el huerto del Castillo de Cebolla, la villa de Frasinale y doce parejadas en cada uno de los términos de Murviedro, Almenara y Burriana. Si alguno, con diabólico instinto intentase romper algo de lo hecho sea obligado a pagar a la Iglesia mil libras de oro y rogamos al Obispo que los hiera con la espada del anatema y los arroje de la ciudad».

Don Jerónimo emplea la curiosa fórmula: «Excomulgamos y anatemitizamos y unimos al diablo y sus satélites a los que obstaculicen estas cosas sagradas instituidas».

La suscripción autógrafa dice: «Yo, Rodrigo Campeador, de acuerdo con mi esposa, afirmo lo que más arriba está escrito».

* * *

El diploma de Jimena está otorgado en Valencia, el 21 de mayo de 1101, «en sufragio de mi señor y marido Rodrigo Campeador», añadiendo a los diezmos que él concedió los de sus bienes y los de sus hijos e hijas, «por tierra y por mar, principalmente el vino, el aceite, los higos y demás frutos de huerta, los molinos, baños, tiendas, alhóndigas, casas, alcabalas, el quinto cobradero de mis vasallos y todas las cosas grandes o pequeñas que hubiésemos de adquirir». Señala a los infractores la pena de cien libras de oro a favor de la Iglesia, a lo que don Jerónimo une su excomuni6n.

La confirmación autógrafa es hoy ilegible: «Ego, Eximina predicta qui hanc páginan fieri iusi, manu mei firmabi».

D. Jerónimo de Perigord llevaba dos años en Valencia cuando murió el Cid y permaneció otros dos junto a la viuda, defensora de la ciudad hasta que ésta le recomendó la petición de auxilio a Alfonso VI.

Ordenada la retirada de la ciudad, el Obispo llegó a Toledo en mayo de 1102, y allí, el conde D. Ramón, yerno de Alfonso, le nombró para regir la sede de Salamanca. D. Jerónimo llevaba consigo a su nuevo obispado varios recuerdos cidianos, entre ellos dos cartas de donación a la Catedral de Valencia—con autógrafos de Rodrigo y Jimena—y el famoso Cristo de las Batallas. En el claustro de la Catedral fundó el estudio de la cátedra de la Uníversidad, y él mismo fué el primer profesor de la sede, distinguiéndose por su saber, según consta en repetidas citas; baste decir que el Conde don Ramón le llamaba «mi maestro y pontífice». A pesar de todo debió ser honda su nostalgia de los días pasados junto al Campeador, porque el 29 de septiembre de 1103 expresaba su decisión de ser enterrado en San Pedro de Cardeña en los siguientes términos:

Yo, Jerónimo, por la gracia de Dios obispo de Salamanca, hago entrega de mi cuerpo al Monasterio de San Pedro de Cardeña y a vosotros, Abad y monjes que residís en el lugar donde está sepultado el cuerpo del *venerable* Rodrigo Díaz y adonde es voluntad sea sepultado mi cuerpo. Por lo cual yo os doy la iglesia de San Bartolomé de Salamanca . . .».

Pero esta voluntad no llegó a cumplirse, pues aunque se tuvo por suyo el sepulcro que aún se ve en Cardeña, es lo cierto que al morir en 1125 fué enterrado bajo un pequeño arco de la catedral de Salamanca, sobre el que colocaron el Cristo de las Batallas. En 1607 se acordó trasladar la imagen y el sepulcro a una capilla principal, y al abrir la lápida, en el silencio de la noche, salió de la tumba un suavísimo olor, encontrándose el cuerpo del Obispo revestido de pontifical, y un cerco de oro con la leyenda: «HIERONIMUS EPISCOPUS SERVUS CHRISTI FIDELIS».

Cruz y sepulcro se trasladaron más tarde a la Catedral Nueva, poniéndose la Cruz en la capilla central del trasaltar mayor el 7 de diciembre de 1737 y las cenizas de D. Jerónimo en la hornacina lateral el 7 de enero de 1744, con una lápida cuya inscripción enlaza la historia de los dos preciados recuerdos y que al decir de un cronista local es de tan mal gusto como la urna.

* * *

El Cristo de las Batallas es una de las pocas efigies talladas en madera que se conservan del tema siríaco bizantino, característicos de los siglos XI y XII y llamados «Cristo Majestad», porque la imagen muestra

un rostro sereno e impasible, con la cabeza elevada, los ojos abiertos, los brazos tendidos horizontalmente sin muestra de soportar peso alguno y una corona a modo de bonete, simbolizando la majestad imperial. Este tiene un nuevo signo de imperio en el simétrico anudado de la cinta.

Su cruz original debió perderse, pues está colocado en una del siglo XVIII. La sostiene una curiosa peana de principios del XVII, y el retablo barroco de su altar está tallado sobre un dibujo de Joaquín Churriguera.

Los autores modernos coinciden en que este Cristo es el que el Obispo D. Jerónimo llevaba consigo en campaña, pero su gran tamaño hace poco probable que lo ostentase, no ya en alto, sino de cualquier modo en las batallas, pues entre otras cosas le impediría conducir el caballo. Hay que suponer que se trata de la imagen de algún altar portátil que el capellán de la hueste llevaría muy a mano para decir la misa de liberación en las plazas conquistadas, y aun para absolver a las menudas antes de cada encuentro.

De un modo u otro impresiona pensar que ese Cristo que ahora contemplamos recogió las miradas, suplicantes, angustiadas o agradecidas del Campeador y sus caballeros.

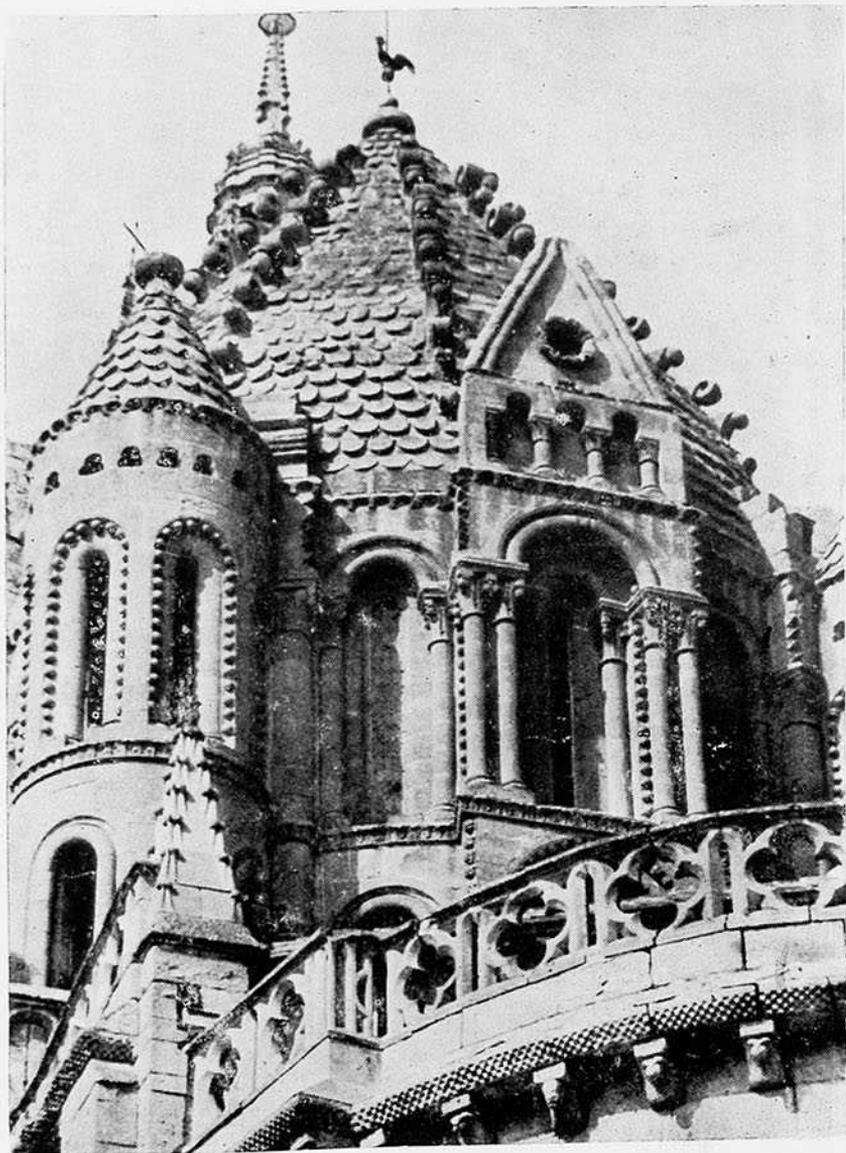
* * *

Aún se muestra en el tesoro catedral de Salamanca y se reproduce en estampas la supuesta Cruz pectoral del Cid que a fines del siglo XVII donó como tal a dicho templo el Arzobispo de Valencia, López Ontiveros. Es un «Cristo reinante», obra de Limoges, en cobre y esmaltes, de fines del siglo XII, o mejor del XIII, igual a otros muchos que se conservan en León, Burgos o Chartres; todos ellos, como éste, son propios de cruz procesional, absolutamente inadecuados para llevar al pecho.

Pero hay tradición muy respetable sobre una Cruz de las Batallas del Cid, que no es ninguno de los anteriores cristos, aunque muchos le sigan confundiendo.

La primera mención de ella es la de Alfonso el Sabio, que la dió como figura para un nuevo escudo de armas de Rodrigo. Se ve también en la mayor parte de la iconografía y fué citada por autores antiguos.

Bien pudo ser la Cruz que Berganza vió en Cardeña, y que según su descripción, constaba de cuatro brazos iguales de plata llana y en cada brazo tres planchas de oro en cada uno de ellos y cinco encajes esmaltados de piedras preciosas, las más pequeñas blancas, encajadas



Bajo la cúpula del gallo, acogió la Catedral vieja de Salamanca, al Obispo Don Jerónimo cuando abandonó Valencia. Allí quedó su cuerpo junto al Cristo de las batallas.

(Corresponde al artículo del Sr. Gárate Córdoba).



in homine et uariis q[ue] sequit[ur] q[ui]et[ur] ut h[ec] d[omi]n[us]
 si fuerit ego su[m] de meo simul cu[m] conyuge
 mea u[er]o fit mo[do] q[uo]d superius scriptu[m] est

PARTE SUPERIOR. - El Cristo de las batallas, que hogaño preside solemne el desfile de la
 cofradía de ex-combatientes, en la Semana Santa salmantina.

PARTE INFERIOR. - Suscripción autógrafa del Cid. "Ego Ruderico simul cum conyuge
 mea, afirmo oc quod superius scriptum est".

(Corresponde al artículo del Sr. Gárate Córdoba).

en filigrana. En medio tenía una labor a modo de alcachofa, rematada en esmalte blanco y verde, en cuyo hueco debió contener algunas reliquias con un trocito de la Santa Cruz, como indicaba un letrero de raros caracteres que Berganza no pudo completar.

Esa Cruz puede incluirse sin grandes reparos en la época del Cid, teniendo en cuenta que los términos imprecisos de la descripción no son de un técnico en arqueología. Cuando Esteban de Garibay la encontraba demasiado grande para llevarla al pecho, aclaró el autor benedictino que no era tanto, pues tenía poco más de una cuarta.

Por entonces se conservaban en el Monasterio dos cartas en las que Alfonso XI solicitó la Cruz del Cid, atribuyéndola virtudes milagrosas y diciendo que con ella experimentaba gran consuelo en las batallas. En una de ellas la pedía desde la Cerca, junto a Lerma, para ir a Portugal, recordando que anteriormente la había llevado a Gibraltar; en la segunda, fechada en Madrid el 8 de marzo de 1337, eximía al Convento de un tributo.

«Por la devoción que tenemos a vuestra Cruz, os quitamos la cuantía de 3.000 maravedises señalada al vos, el Abad, y Convento para estas guerras, como a todos los Prelados y órdenes de nuestro señorío hemos señalado».

La Cruz de las Batallas, es de tan constante tradición, que constituye un símbolo de espiritualidad del Cid y por sí sola califica su empresa de Cruzada.

Parece que le vemos en Bairén, mostrándola al pasar, mientras recorre la línea de sus huestes para alzarla después en la solemnidad de ese momento que procede al ataque, mientras dice:

¡Valor, hijos míos! ¡Venid a mostrad a esos infieles quiénes sois!
¡No temáis a nuestros enemigos por muchos que sean, pues yo os aseguro que Nuestro Señor Jesucristo los pondrá a nuestras manos!

JOSÉ M.^a GARATE CÓRDOBA